

¿Dónde estás, Bernard Shaw, dónde estás?

Jerónimo López Mozo

Lo primero que conocí de George Bernard Shaw fueron algunas frases extraídas de sus escritos o atribuidas a él, que aparecían en las hojas de los almanaques de taco. Eran ingeniosas, pero no daban ninguna pista sobre su autor. Así, pues, para mí, Shaw era un creador de epigramas y aforismos, del mismo modo que, para otros, Gómez de la Serna lo era de greguerías. Eso sucedía en la década de los cincuenta del pasado siglo. Luego supe que era un famoso dramaturgo nacido en Dublín hace ahora hace siglo y medio, que abandonó Irlanda para instalarse en Londres, que escribió algunas novelas y fue crítico teatral y que, a punto de cumplir los treinta años de edad, inició su actividad como dramaturgo, llegando a alumbrar más de cincuenta comedias a lo largo de su vida, la cual se apagó en 1950. Es decir, poco antes de que yo averiguara cuanto acabo de mencionar. Supe también que, en 1925, recibió el Premio Nobel de Literatura; y, al fin, leí varias piezas suyas: *Santa Juana*, en uno de los tomitos de la colección Crisol, editada por Aguilar; *Cándida*, publicada en 1928 en la popular colección El Teatro Moderno, en un ejemplar de segunda mano que encontré en la Cuesta de Moyano; y *El carro de las manzanas*, publicado por Espasa Calpe en Argentina, en la colección Austral.

Me hubiera gustado ver representada alguna obra de Shaw, pero no fue posible. En aquellos años ninguna subió a los escenarios, lo que no dejaba de ser sorprendente si tenemos en cuenta que hasta principios de los treinta había sido grande el interés por su teatro. Julio Broutá, traductor de casi toda su producción, vertió a nuestro idioma, entre 1902 y 1911, no menos de ocho piezas, entre ellas *César y Cleopatra*, *De armas tomar*, *El discípulo del diablo*, *Lucha de sexos* y *Cándida*. Gregorio Martínez Sierra, impulsor del teatro de arte en España, estrenó en 1920 en el teatro Eslava, bajo su dirección, *Pigmalión*, espectáculo que fue repuesto en las tres temporadas siguientes. En 1926, Margarita Xirgu dirigió y protagonizó *Santa Juana*. No fueron las únicas

obras de Shaw vistas en España. *Cándida* y *El hombre que se deja querer* fueron programadas en 1928 y 1930, respectivamente. En todos los casos, encabezaron los repartos importantes figuras de la escena. Además de la citada Margarita Xirgu, actrices de la talla de Catalina Bárcena, Irene López Heredia o Lola Membrives interpretaron las obras citadas. Como muestra de la acogida que se dispensó al teatro de nuestro dramaturgo, baste recordar el entusiasmo con el que el entonces joven periodista José Montero Alonso saludó el estreno de *Santa Juana*. Fue, en su opinión, una jornada triunfal en la que el páramo del teatro español, dominado por la mediocridad y la vulgaridad, se vio repentinamente iluminado por el resplandor de tan singular drama.

El interés por el teatro de Bernard Shaw estaba plenamente justificado en aquellos años en los que la escena española iniciaba un prometedor proceso de renovación. El escritor seguía la estela de Ibsen, sobre el que había publicado un ensayo titulado *La quintaesencia del ibsenismo*. En sus primeras obras, de marcado corte naturalista, en las que la burguesía y sus hábitos sociales son el objeto de sus acerados y satíricos dardos, la influencia es evidente. Como lo es la que él ejerció sobre algún autor español, en especial sobre el primer Benavente, que seguía con suma atención las novedades del teatro europeo, y Jacinto Grau, cuyo teatro asume el predominio de lo discursivo sobre la acción, rasgo fundamental en la obra de Shaw. En 1921, Grau alumbra el mejor testimonio de esa influencia: *El señor de Pigmalión*. Sin embargo, la presencia de Shaw en las librerías y en cartelera fue decreciendo, hasta el punto de que, a partir de los años treinta, apenas se publicaron nuevas piezas suyas ni fueron representadas. ¡Cuánta sería la decepción del dramaturgo al comprobar que las expectativas abiertas tras aquellos estrenos no se confirmaron, sobre todo tras haber sido testigo, desde el patio de butacas del Eslava, del éxito de la *Santa Juana* de la Xirgu! Una de las excepciones que confirmaron la regla fue la puesta en escena en 1946, en el Teatro Español de Madrid, de *Los despachos de Napoleón*, a cargo del Teatro Universitario Español, que dirigía Modesto Higuera. Como detalle curioso hay que señalar que la obra fue representada junto a otras dos, de Ruiz Iriarte y José Franco, respectivamente, para conmemorar el décimo aniversario del 18 de julio de 1936, fecha del levantamiento militar contra el Gobierno de la República.

Hube de esperar, pues, algún tiempo para ver una obra de Bernard Shaw. No tuve oportunidad en el verano del 59, en el que Adolfo Mar-

sillach estrenó en Barcelona, al aire libre, *César y Cleopatra*, en discutible versión de Torrente Ballester, que había suprimido un acto completo y añadido bastante de su cosecha. Tampoco vi la *Santa Juana* que los alumnos de la Escuela de Arte Dramático Adriá Gual hicieron en 1963 en el Teatro Griego de Montjuic. La ocasión llegó en 1964. La compañía de Adolfo Marsillach, en la que él era director y primer actor, estrenó *Pigmalión* en el desaparecido Teatro Goya, de Madrid, en versión de José Méndez Herrera, con escenografía de Francisco Nieva y con un excelente reparto en el que figuraban actores de gran calidad, como Marisa de Leza, Antonio Vico, Fernando Guillén y Carmen Carbonell. Fue aquél, un espectáculo ejemplar por su factura y por la fidelidad al espíritu y a la letra del texto original. No se caía, como ha sucedido con frecuencia, en la tentación de convertir el encuentro entre el profesor Higgins y la vendedora de flores en una historia sentimental con el casticismo como telón de fondo. ¿Y después? Supongo que la experiencia de Marsillach, satisfactoria desde el punto de vista artístico, pero de escasa rentabilidad económica, influyó en que no cundiera el entusiasmo, pues el teatro de Bernard Shaw siguió llegando con cuentagotas: en 1973, *La profesión de la señora Warren*, con Julia Gutiérrez Caba en la cabecera del cartel; en 1985, *El hombre y las armas*, en catalán, a cargo de la compañía U de Cuc, y *Cándida*, protagonizada por María Dolores Pradera; en 1990, *El hombre del destino*, con puesta en escena de María Ruiz; en 1997, de nuevo *La profesión de la señora Warren*, esta vez con Julieta Serrano en el papel principal y dirección de Calixto Bieito; y, de cuando en cuando, alguna representación a cargo de alumnos de escuelas de arte dramático o de grupos aficionados.

No es fácil explicar la causa del desinterés por la obra de Shaw, quizás porque no haya una sola. Cuando sus primeros textos llegaron a España, su ibsenismo fue un aval importante para acogerle como un destacado militante de la vanguardia europea. Pero ya entonces, Ramón Gómez de la Serna, calificó su teatro de «imposible», consideración que también le merecía el de Ibsen, Strindberg, Hauptmann y Maeterlinck, entre otros. Y, en efecto, lo fue, quizás no tanto por las razones aducidas por Ramón, relacionadas con las dificultades que todo movimientos innovador encuentra para abrirse paso, sino porque nuestra Guerra Civil expulsó de España a sus valedores. No es sorprendente que, en los primeros años del franquismo, nadie se planteara representar su teatro. Se daba por sentado que el público español no

tenía el menor interés por un discurso crítico que no podía ser de su agrado y que, además, para seguirle, exigía un cierto esfuerzo intelectual. Luego, cuando se le quiso recuperar, era tarde. Ya le habían colgado la etiqueta de escritor agudo e ingenioso, dejando a un lado otros méritos mayores. Epigramas como «No hay amor más sincero que el amor a la comida» o «Los espejos se emplean para verse la cara y el arte para verse el alma» eran más apreciados que cualquiera de las mordaces y bien construidas escenas que abundan en sus obras. Tampoco los estudiosos ayudaban a conocer a Shaw. Las contradicciones a la hora de situarle en el lugar adecuado eran numerosas y notables. Para algunos, Shaw era el Molière del siglo XX, para otros el precursor del teatro épico y del teatro del absurdo. La verdad es que la huella más profunda de su teatro está en la obra de una serie de dramaturgos que le imitaron sin superarle: James Barrie, que vistió de naturalismo lo que era comedia costumbrista; Noël Coward, autor de alta comedia; y Terence Rattigan, de comedias ligeras. Teatro burgués, en fin. El de Bernard Shaw no lo era, o no lo era del todo, pero aparentaba serlo. Por eso, a pesar del éxito del *Pigmalión* de Marsillach, pocos entendieron lo que sucedía en el escenario. Se quedaron con lo superficial. Cuando años después se estrenó *La profesión de la señora Warren*, el crítico Ángel Fernández-Santos afirmó que, aunque la obra ejerció en su tiempo el oficio de latigazo bien dado sobre el lomo de las costumbres hipócritas, ahora apenas era una caricia, un amable juego de una candidez enternecedora. Tenía razón, pero su juicio se refería a una obra menor, cuya recuperación sólo puede entenderse porque brinda a cualquier actriz consagrada convertida en empresaria la oportunidad de lucirse.

¿Tendría hoy algún interés que se representara el teatro de Bernard Shaw en España? Tal vez. En su vasta producción hay obras que seguramente no han perdido vigencia, que pueden ser contempladas a la luz de nuestro tiempo. Habría que comprobarlo pero, para ello, se requiere el concurso de creadores con sensibilidad y talento. Los hay. ¿Querrá alguno? Lo malo es que, mientras esperamos, tenemos pocas posibilidades de acceder a la lectura de sus piezas. En la estantería de alguna librería encontraremos, con algo de suerte, *Santa Juana*. En la mayoría, ni ésa.